

en aquella matanza. Y el rey se presentó delante de su Esther, y después de haberla referido todo lo que acababa de suceder con los judíos, y cómo habían éstos asesinado quinientos vasallos suyos, añadió que si aun quería ella mayores matanzas, lo dijese, pues mayores matanzas habría. Y, en efecto, mataron, á consecuencia de tal conversación, trescientos hombres más, después de los quinientos en días anteriores exterminados. En cuanto á los otros judíos, que andaban por las provincias del rey, juntáronse todos en propia defensa para perseguir á sus enemigos. Y tanto persiguieron que llegaron á inmolarse setenta y cinco mil.

Con una ferocidad sin ejemplo refiere, como puede verse por la historia trazada, el sacro libro, que al día siguiente hubo grande número de banquetes celebrados por los vencedores, quienes se dieron á holgorio todos. Y no se contentaron con esto, sino que instituyeron una festividad nacional denominada hoy aún de *Purim*, en la que suele mandar cada judío una porción de vianda ó carne á su vecino. Mardoqueo dió la orden de tal conmemoración, y una matanza tan terrible quedó como una fecha loable allá en la liturgia y en la historia judías. *Pur* quiere decir suerte. Y como los hubieran sorteado á los judíos para matarlos antes de que se revocara el rescripto dado por Asuero á instancias de Amán,

diéronle tal nombre al aniversario de todo esto, nombre de *Purim*, que vale tanto como suertes. Así conmemoraron el fin de sus tribulaciones y el comienzo de las tribulaciones ajenas. «Y el rey Asuero—dice la Biblia—impuso tributo sobre la tierra firme y sobre las islas del mar. Y toda obra de su fortaleza fué la obra que acabamos de mencionar. Y por ella, por esta venganza terrible, le declararon grande y le pusieron entre los salvadores del pueblo escogido. Porque Mardoqueo, judío, fué segundo después del rey Asuero. Y también fué grandísimo entre los suyos, procurando el bien de la raza, en cuyo real obsequio intentara tan terrible holocausto.» Véase, pues, cómo cuanto Amán había pensado hacer contra Mardoqueo lo hizo Mardoqueo contra el favorito Amán, y cómo nos encontramos, al subir tan lejos en la historia, con la época terrible del ojo por ojo y diente por diente, con la época del talión.

Asombra verdaderamente al ánimo todo este relato. La influencia sensual de la reina Esther sobre aquel déspota cuesta mares de sangre y nefastos días de matanza. Compréndese muy bien que aquella mujer empleara sus gracias en salvar á su pueblo; que por su pueblo, vejado y oprimido, ingresara en el harén; que, deseosa de salvar á su pueblo, recibiera el título de concubina primero, de esposa

más tarde; pero no contentarse con la salud propia, con la propia libertad, sino pedir venganza y esgrimir, olvidada por completo de que pocos minutos antes los suyos se hallaban en el mismo caso y hubieran caído víctimas de la misma injusticia, es un desvarío de crueldad tan grande que apenas cabría el creerlo si no lo contase autorizadamente un libro puesto por los mismos judíos entre los sacros suyos y expresivo de su genio nacional. Entra mucha parte, no hay que dudarlo, en todos estos hechos de la barbarie propia del tiempo, de aquellos períodos en que la guerra parece un estado natural, y la conquista da sus bases á los imperios, y el comercio y el cambio se parecen á expediciones militares, y cada colonia necesita un muro que la guarzca y defienda contra las enemigas asechanzas, y el sacerdote resulta un carnicero, según la sangre que lo mancha en aquellos holocaustos cruentísimos, y cada Estado, grande ó pequeño, tiene que armarse hasta los dientes, y la esclavitud está en la base de las sociedades y el despotismo en las cimas, servido todo ello por la teocracia, por la casta, por la leva, por los cautivos, por los esclavos, pues entra mucho el estado general de la tierra y de la humanidad en estos hechos particulares que acabamos de referir y que atañen á personajes bíblicos tan importantes como Asuero y Esther.

Hacemos de grado esta reflexión para que no se caiga en el error histórico de poner fuera de la humanidad, por ponerlos sobre la humanidad, á ciertas colectividades y á ciertos individuos. Si los miráis dentro de las condiciones connaturales á nuestra humana complexión y al ministerio ejercido por la humanidad en este mundo, no hay nada, pero absolutamente nada que decir, sino que se hallan todos ellos sujetos á las leyes universales de nuestro desarrollo humano y al imperio del mal común á la tierra. Es más, vistos dentro de las evoluciones históricas ciertos personajes del mundo y ciertos períodos del tiempo, merecen todos nuestros plácemes. Las tribus de Israel, su gobierno electivo, su organización republicana, sus jueces populares, su administración patriarcal, su independencia, su libertad, resultan gérmenes de humano derecho, los cuales nosotros debemos cultivar y amar como raíz de nuestros progresos, como término primero y, aunque imperfecto, sublime de nuestra graduada emancipación. Por consecuencia, nosotros creemos la federación de Israel frente á Nínive y Babilonia y Susa, como creemos á los griegos frente á Darío y á Gerges, un elemento de progreso tal para la humanidad y una fuerza tal de exterior expansión para nuestras libertades, que nos hallamos junto á ellos en la historia y sentimos como propios sus

cautiverios y cantamos sus cánticos del Sinaí ó del mar Rojo cual si entonáramos el himno triunfal de nuestra redención. Pero no hay que sacar esto de las condiciones humanas y de la contingencia universal, no hay que ponerlo allá donde las manos nuestras no alcanzan y donde comienzan otros mundos y otros horizontes, porque así no resulta muchas veces el pueblo, á que la reina Esther y todos los suyos pertenecen, superior siempre á la humanidad, sino inferior muchas veces á lo que puede aguardarse y prometerse de nuestra misma especie, casi divina cuando sube al bien y menos que humana cuando en el mal se revuelca.

Figuras como esta figura de la reina Esther se idealiza con facilidad en el arte, idealizada ya por la religión. La pintura llamada con razón arte cristiano ha recogido muchas inspiraciones en la intercesora por el pueblo judío. No está un artista en el caso de ver en la historia de tal hermosa joven lo mucho que nosotros hemos visto de reprobable, mirándola con los ojos escudriñadores propios de una severa crítica. El sol saca de las aguas amargas del mar, elevándolas á las alturas, sus nubes de rocío dulcísimo, y el arte saca de la historia impura, por la virtud de transfiguración que hay en sus inspiraciones, prototipos é ideales de una grande pureza. La pintura se ha verdaderamente apro-

vechado para sus tablas y sus lienzos de una escena tan pictórica cual esta en que intercede la reina Esther con el rey Asuero por su pueblo. Nosotros tenemos entre las joyas principales de nuestros museos y de nuestros templos, tan ricos en obras artísticas, dos ó tres ejemplares de primer orden que pintan esta intercesión, de suyo verdaderamente pictórica. Si no estoy trascordado, los principales cuadros nuestros relativos á tal episodio dimanan de Venecia y su escuela. Por consiguiente, no hay que buscar en ellos la histórica propiedad á que aspiran los pintores modernos, y mucho menos la corrección de dibujo porque resplandecen las antiguas escuelas florentinas y romanas. Los cuadros del Veronés, los cuadros del Tintoretto, que nos presentan la reina Esther intercediendo por los suyos, no pasan de Venecia. Asuero es un dux que acaba de casarse con la espléndida laguna en el áureo Beloferonte; Esther una dama veneciana que baja por la escalera de mármol, airosa y luciendo las preseas más bellas del siglo décimosexto; los cortesanos persas están reproducidos con arreglo á los grupos que acaba de ver el pintor en la *piazzeta* de San Marcos y en el muelle de los Escalarones, pues no iban más allá las arqueologías de aquel tiempo.

Pero esto de que haya pintado á Esther la escue-

la holandesa con ese mago de la luz que se llama Rembrandt; y con Claudio Lorena también háyala pintado la escuela francesa; y con Rubens los flamencos; y con Lucas de Leiden los alemanes; y con el Dominiquino los boloneses y con tantos y tantos otros pintores difíciles de nombrar por su número las escuelas diversas, no quiere decir otra cosa en puridad sino que tal personaje, tal escena, pertenecientes á la simbólica cristiana, se prestan mucho, por haberlos extendido entre las muchedumbres la tradición bíblica y la elocuencia sacra con sus grandes resonancias, á ejercer verdadero influjo y á herir, como ha de pretender siempre por fuerza el arte, la universal atención. Muchas veces habréis visto los astros rozando, siquier fingidamente, con la tierra, en su nacer, para luégo subirse á su cenit y desde allí brillar con desusado brillo. Pues bien, algo de todo esto pasa con los personajes históricos elevados desde la realidad á la poesía y á la leyenda. Rozan en la tierra por medio de la historia, y luégo van subiendo sobre las alas del arte al cenit eterno, con sus plantas puestas sobre la cabeza del mal, convirtiéndose poco á poco en una especie de sublime idealidad. ¿Ha vivido Esther en el arte pictórico? Pues también vivirá en las artes literarias, que un mismo asunto y un mismo personaje pasa por metamorfosis y trans-

formaciones sucesivas del pintor al poeta, como del poeta al sacerdote, llegando á revestir á la postre, más que un carácter verdaderamente real, un carácter simbólico.

Lo cierto es que la realidad podrá conllevar cuantas impurezas arrojen sobre su seno los errores humanos y las humanas pasiones. Pero surge constantemente de todos estos pueblos y de todas estas razas, capaces de servir un ideal relativamente progresivo, cierto vapor, impeliendo con sus fuerzas las naciones adelante y condensando nubes cargadas de pensamientos inspiradísimos y destinados á rociar la conciencia humana y hacerla por todo extremo fecunda. Estas mujeres hebreas de la cautividad ejercieron un ministerio por cuya virtud las han bendecido mil generaciones. Ellas conservaron la fidelidad incontrastable al culto de un Dios que superaba todos los dioses del Oriente, ofuscándolos en el éter de sus revelaciones. Bajo el techo maldonado á la continua por las teocracias enemigas, sobre la piedra del hogar levantada por sacudimientos eternos, entre tantas iras como se conjuraban allí contra el pueblo de Israel cautivo, ellas, las animosas mujeres, guardaban su familia como ciertas aves que, sorprendidas por inopinada inundación, van sobre su nido cuidando solícitas de sus pequeñuelos entre las corrientes que las impelen hacia el

abismo. Nerviosas, inspiradas, inquietas, con esas neurosis de que la mujer se halla en su debilidad crónicamente aquejada, gentil profetisa que á modo de ave agorera presagia las tormentas, sobreponíase á todos estos achaques, y concentrando su alma en la defensa del hogar siervo y en la conservación de las generaciones destinadas á rescatarlo de su vieja servidumbre, atisbaba con sus ojos y escudriñaba con sus orejas, siempre vigilante, los peligros para salvar á su pueblo por virtud y eficacia de aquella mezcla entre la inspiración y el cálculo, entre la grande actividad y la reflexión lenta, entre las sumisiones externas y las arrogancias íntimas que constituyen como las características del antiguo cautivo hebreo.

Sus perseguidores tendrán ejércitos, tronos, dominio, nubes de cortesanos que los inciensen, haces de armas que los sostengan; pero ella, la mujer hebrea, sabrá que una inteligencia despierta, una voluntad enérgica, la fe mantenida por tenacidad incontrastable, la resignación aparente que no excluye la indómita perseverancia, resultaran, tarde ó temprano, armas tan aceradas y fuertes, que habrán contra su filo de mellarse todas las tiranías. Así tomaba una especie de facultad sacerdotal con otra especie de facultad política que le servían para enseñar, sin ciencia casi, á los suyos, el verdadero

camino de la libertad, y para conservar el fuego sacro de una bendita esperanza en las tribulaciones mayores. El culto era, no solamente un desahogo del alma, sino una escuela práctica de moral pública y privada en que adquirirían las generaciones apercibidas á procurar el rescate cuantas ideas podían ser necesarias al bien y á la libertad común. La maternidad en aquellas mujeres no se contenta con haber parido y criado el cuerpo de sus hijos: quiere también parir y criar el alma, nutriéndola con sus ideas. La esposa no se une tan sólo con el marido que ha de acompañarla y defenderla en el hogar: se une con el repúblico que acompaña en su cautiverio á la patria infeliz y se apercibe á defenderla y á salvarla. Así enseña la mujer á su familia, no sólo el amor al Dios Padre que reina en los altos cielos, sino el respeto al magistrado electivo y al juez popular, en cuyo patriotismo libra el rescate de su pueblo. Cuanto más profundizamos en la historia más claro vemos que las autoridades republicanas y democráticas han menester para ejercitar sus poderes é influir benéficamente sobre su pueblo y sobre su tiempo hallarse circuidas de un gran respeto.

Por eso la mujer hebrea, ejerciendo el ministerio educatriz que le compete por su naturaleza y por su historia, enseña con acierto á sus hijos: primero,

el respeto al sacerdote; después, el respeto al sabio y al profeta, y, por último, el respeto al magistrado que gobierna y al magistrado que juzga. Y después de haber sugerido todos tales respetos á lo que podríamos llamar la forma del Estado y el templo de las almas, descendiendo á cosas menores, que no por útiles dejan de tener su grande importancia y trascendencia, como la economía doméstica, que luego llega por derivaciones sucesivas á la misma economía social. Y cuando el judío, que ha estado unas veces en sus fatigosos trabajos campestres y otras veces en sus factorías buscando el pan diario con el sudor y con el cálculo de su frente, vuelve al hogar, encuéntralo henchido por las fiestas religiosas, el candelabro de siete brazos puesto en su lugar y encendido, los salmos y cánticos de sus profetas entonados en suaves coros, los libros y los recuerdos sacros bendecidos hasta el punto de que la cabaña, ó la caverna, ó el hogar de los cautivos, donde sólo debían habitar el dolor y el duelo, se cambian en una especie de divino santuario del alma, todo lleno de resplandores, al cual baja en espíritu y en verdad el vivo y eterno Dios de los cielos. Solamente por esta constitución de la familia y por este atavismo secular, manteniendo unos y otros, los muertos y los vivientes, las generaciones que la eternidad guarda y las generaciones que

apercibe ó llama el amor, pueden sustituirse y guardarse todas estas libertades que han creado el espíritu universal y que han opuesto á las viejas tiranías los progresivos principios del humano derecho.

He aquí todo cuanto nosotros vemos realmente de grandioso en la historia más ó menos simbólica de la reina Esther. Los viejos tiranos asirios, caldeos, egipcios, persas, llámense Nemrod, Sesostris, Nabucodonosor, Sardanápalo, Baltasar, Gerges ó Asuero, han de representar por fuerza el viejo principio despótico, que mantiene las sociedades humanas ó por la corrupción ó por el terror en la más vil servidumbre y no las deja marchar adelante, mientras Esther, la reina sierva, sublimada caprichosamente al trono, después de haber pasado por la ergástula y por el harén, representa con toda su debilidad, con todas sus humillaciones, con todas las impurezas de que la vida real se halla en ella maculada, el principio imperecedero de la libertad de un pueblo, que devora muchas escorias y que presta luz y calor á muchos y muy necesarios progresos. Aquellos histriones coronados, ebrios de sangre y de vino, los cuales pasaban de todos los excesos de la muerte allá en los combates á todos los excesos del amor en los festines, aunque disponían á su antojo de todas las fuerzas y de todas las riquezas

materiales, agotábanse bien pronto y consumíanse hasta faltarles por completo la médula de sus huesos. Y flacos, y febriles, y epilepticos, á guisa de prostitutas, cansadas pero no hartas, circuíanse de luminarias caprichosas, de pebeteros embriagadores, de pedrerías preciosas, de arpas voluptuosísimas, de danzas lascivas, cuando, á lo mejor, en aquella orgía que pegaba su sensualidad á los aires mismos, una mano misteriosa é invisible trazaba un anatema inapelable, seguidamente cumplido, pues en medio de la cena, chocándose los labios y las copas entre sí, aparecían los bárbaros, como si los hubieran llovido apocalípticas nubes ó los hubieran abortado litúrgicos infiernos, y ponían fuego al palacio abrasando en las llamas á los Baltasares y á los Sardanápalos, cuyas cenizas esparcía luégo el simoún por los cuatro puntos del desierto.

Y mientras esto pasaba con la fuerza, con la tiranía, con la guerra, con la conquista, unas pobres mujeres conservaban el ideal republicano de Israel. No debe maravillarnos, pues, que cerrando los ojos el humano espíritu á los errores y las faltas de los judíos, abriéranlos al ideal y al idealismo que sus tribus cautivas despiden allá en el cautiverio y que las mujeres más ilustres suyas condensan en su vida y en su historia. Así como la pintura sagrada

cien veces ha reproducido el grupo de Asuero y Esther, cien veces lo han reproducido la elocuencia y la poesía cristianas. Con abrir cualquiera de los sermonarios y leer cualquiera de los autos, encuéntrase á cada paso este nombre por tantos títulos ilustre y resonante. Las alusiones á Esther pululan en tal número que nos encontraríamos perplejos si las citáramos después de haberlas escogido y clasificado. Por eso nos detendremos tan sólo ante alguna de las obras maravillosas que, reproduciendo el semblante y figura de la reina Esther, ha creado la poesía moderna. Un apellido inmortal está ligado á las mujeres hebreas, griegas y romanas, el apellido célebre de Racine. Todos estos grandes poetas clásicos del siglo décimoséptimo creían tan sólo dignos del coturno aquellos personajes envueltos ya en los recuerdos de la vieja historia y alejados en los horizontes del antiguo tiempo. Atenas, Roma, Jerusalén, algunas veces nuestro Burgos ó nuestro Toledo servíanles de teatro, y narraciones arrancadas á los poemas homéricos y á los libros sacros servíanles de asunto. Así, el Cid, Asuero, Esther, Atalia, Ifigenia, eran los personajes capitales de sus obras, permitiéndose por todo extremo, y á lo sumo, algunas alusiones más ó menos veladas á sus más ó menos ilustres contemporáneos. No podía, pues, faltar en el teatro cristiano, como no había faltado